

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

LAS QUINTAS

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO PÉREZ ECHEVARRÍA

CUARTA EDICIÓN

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA

—
1889

4

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

848

LAS QUINTAS

LAS QUINTAS

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO PÉREZ ECHEVARRÍA

Estrenado en el Teatro de LOPE DE RUEDA, en 28 de Septiembre de 1870.

CUARTA EDICIÓN

MADRID

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ

Atocha, 100, principal.

1889

PERSONAJES

ACTORES

CLAUDIA.....	SRA.	FENOQUIO.
ROSA.....	SRTA.	ÁLVAREZ.
JULIÁN.....	SRES.	VICO (HIJO.)
PEDRO.....	»	PARREÑO.
PERICO NO-MATAR.....	»	J. GARCÍA.
D. RUFO.....	»	CORTÉS.
GIL.....	»	REIG.
EL PORRO.....	»	MEDEL.
ALDEANO 1.º.....	»	CATALÁ.
ALDEANO 2.º.....	»	PUGA.

La acción en un pueblo de Aragón.—Años de 1851 y 1859.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SENOR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNÓZ

Insignificante es el mérito de esta obra para llevar á su frente su nombre de V., tan conocido en la república de las letras; pero yo no puedo olvidar que el mio figura en la continuación de EL DIABLO MUNDO; que nos unen estrechos lazos de amistad, sincera y leal, y sobre todo que le quiere á V. con el alma, su apasionado

El Autor.

ACTO PRIMERO

Paisaje.—Á la derecha del espectador la casa del tío Pedro, á la izquierda la de Rosa. En segundo término, y en el promedio de la escena, una cruz sobre dos escalones practicables. Al fondo montañas cortadas por un abismo.

ESCENA PRIMERA

CLADIA aparece en el dintel de la puerta de su casa, con el delantal recogido, echando trigo.

Pí... pí... pí... pí... vamos, vamos,
no se sale del portal. (Cerrándole.)

Gallinas más correntonas
no las he visto jamás.

¡Ay! que en esto se parecen
á los hombres; nunca están
recogidos en su casa,
que es donde deben estar.

No señor, de pindongueo...

Y eso, que yo, á la verdad,
no debía... pero ¿dónde
en el mundo se hallará
un marido como Pedro
y un hijo como Julián?

Calla, y veo que se olvidan...

hoy es día de podar
el majuelo y es preciso
llevar las mulas... ¡Julián!
¡Pedro! (Gritando y golpeando la puerta.)

ESCENA II

CLAUDIA, PEDRO y JULIÁN con una legona al hombro.

PEDRO. Ajá; chilla otro poco;
nada, chiquia, chilla más.
¡Voto á un rayo! que parece
que te rajan por mitad.

JULIAN. ¡Padre!

CLAUDIA. Pues digo que el genio
que has echado es para echar
á cualquiera al hoyo. (Compungida.)

PEDRO. Ea,
ya la soltó.

JULIAN. Claro está;
¡tiene usted unas salidas!...

PEDRO. ¡También tú! Voto al pilar
que sostiene á la Patrona,
que no me faltaba más.

JULIAN. (Padre, si madre sospecha,
se muere.)

PEDRO. (Dices verdad.)

CLAUDIA. Deja á tu padre que grite
y tenga mal genio.

PEDRO. Cá.

CLAUDIA. Que ofenda á Dios.

PEDRO. No haya chanzas.

CLAUDIA. Y á la Virgen del Pilar.

PEDRO. ¡Repara bien lo que dices,
que á bruto me ganarán;
pero lo que es á cristiano
y á ser español y á amar
á la Patrona, no hay madre
que pára otro Pedro! ¡Bah!

CLAUDIA. Entonces en vez de triste
y adusto, ¿por qué no estás
alegre?

- PEDRO. Porque...
- JULIAN. (Á Pedro.) (Silencio.)
- CLAUDIA. Motivos tienes.
- PEDRO. ¡Ya, ya,
si los tengo! (Para ahorcarme
de un tronco del encinar.)
- CLAUDIA. ¡Digo! ¿te parece poco
que el chico esté libre ya
de las quintas?... ¿verdad, hijo?
- JULIAN. Madre...
- PEDRO. (¡Voto á Barrabás!)
- CLAUDIA. Hace días también era
un mar de llanto; sí, un mar:
que se acercaba el sorteo
en que entraba mi Julián
y se acercaba mi muerte.
Dios tuvo de mí piedad
y puso en su mano un número
de los mejores.
- PEDRO. Ajá,
de los mejores, no mientes.
(De los primeros.)
- CLAUDIA. ¿Verdad?
- PEDRO. (Fué el uno, conque no entiendo;
si llega el chiquio á sacar
otro mejor, va á presidio
por toda la eternidad.)
- CLAUDIA. No me extraña que tu padre
tenga la cara de agráz,
aunque debiera estar hecho
un rabel de Navidad;
extrañame tu tristeza.
- JULIAN. Madre, usted comprenderá
que no siempre se halla el horno...
- CLAUDIA. No me acabes el refrán,
que ya te comprendo, Rosa
tiene la culpa.
- JULIAN. No tal.
- PEDRO. Chiquio, coge los avíos
que hoy tu madre charlará
por los codos, si la dejan.
- CLAUDIA. No, pues no se ha de marchar

sin que antes queden los novios
como dos santicos. Sal,
Rosica, sal al momento.

(Llamando á la puerta de la casa de Rosa.)

PEDRO. Dando papilla estará
á su abuela, que de abuela
ya no puede comer pan.

CLAUDIA. ¿Tú que sabes?

PEDRO. Diantre, tienes
una mollera lo más...

CLAUDIA. Lo que tengo es que no vivo
cuando está triste Julián,
y hace días que en su cara
no para el gozo.

PEDRO. Cabal.

CLAUDIA. Si tú le vieras con otros
ojos...

PEDRO. ¿Tendré que cegar?

CLAUDIA. No es eso; es que tú al mirarle
le miras con frialdad.

PEDRO. Como tú ni más ni menos.

CLAUDIA. Justo, ni menos ni más.

PEDRO. ¿Cómo demonche le miras
tú?

CLAUDIA. Yo, con el mismo afán
con que miran su hermosura
las muchachas del lugar
en las aguas de la fuente
que sombrea ese parral.

PEDRO. Chiquio, coge la legona,
que hoy tu madre va á parar
á la Gabia.

CLAUDIA. (Llamando.) ¡Sal, Rosica!

ROSA. (Saliendo.) ¿Quién llama!

JULIAN. (Con alegría.) ¡Rosa!

ROSA. (Id.)

¡Julián!

ESCENA III

DICHOS y ROSA

PEDRO. ¡Nada! se empeñó.

CLAUDIA. (A Pedro.) ¡Ya empiezas

á gruñir? ¡Cuánto veneno!

PEDRO. (No hay duda que estoy yo bueno para escuchar sus ternezas.)

CLAUDIA. Mira... mira... (Por los novios.)

PEDRO. (¡Vuelta y sobal)

si supieras que tu hijo
va á ser soldado, de fijo
que no andarías tan boba.)

CLAUDIA. (A Julián.)

No, si no me llamo á engaño
al verte tan fino amante;
mucho cariño delante
y detrás mucho regaño.
¡Claro! nunca en mi presencia
viene á picaros la mosca,
ni me ponéis cara fosca,
ni me armáis una pendencia;
pero apenas vuelvo yo
la cara, Dios nos asista,
no habrá diablo que os resista;
por fuerza.

JULIAN. Pero...

CLAUDIA. No, no;
la broma hasta aquí.

ROSA. Mas...

CLAUDIA. Nada;
que después de la contienda,
otros se ponen la venda
siendo yo la escalabrada.
Julián, alegre hasta aquí,
no es ya ni su sombra.

ROSA. Pero...

CLAUDIA. Nada, Rosa, que no quiero
que siga Julián así.

ROSA. Madre Cláudia, estoy perpleja;
usted me ofende si acaso
piensa que yo...

PEDRO. No hagas caso,
hoy está loca la vieja.

CLAUDIA. Calle usted, tío insolente.
—El cielo sabe, hija mía,
que nunca te ofendería.

Te he visto niña inocente
sumida en triste orfandad
crecer al par de tus flores;
he sentido tus dolores
y he visto con ansiedad
tomar arraigo en tu pecho
á ese amor, que es mi alegría.
Quién sabe; quizá algún día,
bajo ese pajizo techo
que ha visto mi vida entera,
tendré más seres de hinojos
para cerrarme los ojos
el día que yo me muera.

PEDRO. ¡Otra!

JULIAN. ¡Madre!

ROSA. Calle usted.

CLAUDIA. No, si no es para afligiros;
es sólo para deciros
lo mucho que gozaré
si Dios es servido en darme
nuevos hijos.—¡Ni en el cielo!
ellos serán mi consuelo;
ellos vendrán á cuidarme;
por si me da algún desmayo
siempre estarán junto á mí.

PEDRO. Claro, siempre junto á tí,
y á mí que me parta un rayo.
Bien cumples los mandamientos.

CLAUDIA. Sí, que tu genio es de broma
para andar con nietos.

PEDRO. ¡Toma!
siempre estarán más contentos
conmigo que no contigo.

CLAUDIA. Calla, que no puede ser.

PEDRO. Si lo has de ver.

CLAUDIA. Lo has de ver.

PEDRO. ¡Quita allá!

CLAUDIA. ¡No me desdigo!

JULIAN. ¡Pero, madre!

PEDRO. ¡Voto á bríos!...

JULIAN. Que es locura tal afán,
y hablar de cosas que están

sólo en la mente de Dios.

PEDRO. Ya se ve. ¡Si es lo más plomo
tu madre!

CLAUDIA. ¡Pedro!

PEDRO. ¡Más ruda!

CLAUDIA. Pronto saldremos de duda
si Dios nos da vida.

PEDRO. ¡Cómo!

CLAUDIA. ¡Cómo! Haciendo lo que has dicho
distintas veces.

PEDRO. ¿Distintas?...

CLAUDIA. Si el chico libra en las quintas,
se casa.

ROSA y JULIAN. ¡Oh!

PEDRO. ¡Cláudia!

CLAUDIA. Es capricho
hacer que dure el noviajo,
cuando es lo más conveniente
que ellos se pongan al frente
de la casa y el trabajo.
Luégo... tengo otra razón
para que haya boda.

PEDRO. ¿Cuál?

CLAUDIA. Nuestro hijo tiene un rival.

PEDRO. Gil.

CLAUDIA. Su padre es ricachón.

JULIAN. Pero un infame sin ley.

ROSA. ¿Qué cuidado puede darte,
Julián, si no he de dejarte
ni por Gil ni por el rey?

JULIAN. ¡Feliz quien tu amor alcanza,
Rosa! Tus frases sencillas
son bienhechoras semillas
que hacen brotar la esperanza.
¡Quién sabe si estos momentos
son los últimos!... (Cogiéndola una mano.)

ROSA. ¡Dios mío!

JULIAN. Mas volveré. Yo confío
en Dios y en tus juramentos.

CLAUDIA. (Á Pedro.)
(Mira qué tiernos están.)

PEDRO. Mucho.

CLAUDIA. Si ha de ser, que sea.
Hoy sabrá toda la aldea
que se casa mi Julián.

PEDRO. ¡Cláudia!

CLAUDIA. No hay más.

JULIAN. Pero, madre.,.

PEDRO. Cláudia, que cierres el pico.

CLAUDIA. Mas...

PEDRO. De la boda del chico
sólo se encarga su padre.

CLAUDIA. Pero...

PEDRO. Nada, entra en la casa
á arreglar pronto la cena...

CLAUDIA. Pero...

PEDRO. (Colérico.) ¡Cláudia!

CLAUDIA. Es una hiena.
Ven, hija, ven. ¿Qué le pasa?

ESCENA IV

PEDRO y JULIÁN

JULIAN. Padre, es ya necesidad
que acabe tanta patraña;
ya quien engaña se engaña.
¿Á qué ocultar la verdad?
Si está contenta mi madre,
es lo cierto que su hijo
va á ser soldado.

PEDRO. Colijo
que eres un zopenco.

JULIAN. ¡Padre!

PEDRO. Justo. Cuando yo tolero
que haya engaños, es claro
que aquí en el magín preparo
un plan.

JULIAN. Diga usted...

PEDRO. No quiero.

JULIAN. ¡Eh!

PEDRO. Vas á meter la pata.

JULIAN. Pero...

PEDRO. Y á tomarlo á aprebio...

JULIAN. No entiendo.

PEDRO. Como eres novio,
no ves.

JULIAN. Hable usted en plata.

PEDRO. Pronto saldría de apuros
si hablara de esa manera.
Digo, si aquí me pusiera
á echar pesetas y duros;
digo, si irías después
soldado.

JULIAN. El afán me mata.

PEDRO. Bien: te hablaré, si no en plata,
al estilo aragonés.
Sin rodeos, sin afeite;
nada, clarito.

JULIAN. Eso quiero.

PEDRO. Julián, hombre sin dinero
es un candil sin aceite.
Oros son triunfos, es ley;
para el pobre nunca escampa;
el rico busca la trampa
y el rico no sirve al rey.
Tú eres bueno, mas sin bienes;
todos no somos iguales;
tú no tienes lo que vales,
pero vales lo que tienes.
Y como esto es tu persona,
véle ahí que no vales nada;
que á la gente no le agrada
la persona que no abona.
Quiero decir, que es razón
que te palpés y te mires,
y, en fin, chico, que no tires
cocos contra el aguijón.
Que echés el orgullo á un lado;
que dejes de hacer extremos;
tu madre y yo no queremos
que vayas á ser soldado.

JULIAN. ¿Cómo evitarlo?

PEDRO. Hay un hombre
que me ha ofrecido dinero
para librarte, y yo quiero

que tú lo aceptes.

JULIAN. ¿Su nombre?

PEDRO. Lo diré sin más empacho;
el padre de Gil.

JULIAN. Jamás.

PEDRO. Pero...

JULIAN. Nunca.

PEDRO. Loco estás.

JULIAN. ¡De Gil!...

PEDRO. ¿Qué importa, muchacho?

JULIAN. ¿Del hombre que se ha propuesto
deshonrar á la mujer
que amo yo?... no puede ser.

PEDRO. ¿Deshonrarla? ¡Por supuesto!
Di más bien que le ha picado
el bicho que á ti te hiere.

JULIAN. Y si ella á mí me prefiere,
¿por qué es tan tenáz y osado
que no la deja vivir,
y entre amenazas y quejas
pasa la vida en sus rejas
dando que hablar y mentir?

PEDRO. ¡Cá! machaca en hierro frío.

JULIAN. Ya sé yo que en vano lidia;
pero le roe la envidia...

PEDRO. Tu, tu, tu, tu...

JULIAN. No me fio
de Gil.

PEDRO. Deja á Gil que ladre,
que en este asunto es un cero:
quien me ha ofrecido dinero
no ha sido Gil, es su padre.
Y claro que lo ha de dar
por cuenta de tu trabajo,
sin meterse en el noviajo.

JULIAN. Pero tener que aceptar
un favor...

PEDRO. Otra te pego;
el amor te ha vuelto topo.
¿Prefieres coger el chopo?

JULIAN. Sí.

PEDRO. ¡Julián!...

- JULIAN. No hay más.
- PEDRO. ¡Reniego!
- JULIAN. Odio á Gil.
- PEDRO. Voto á mi padre,
que eres todo un zascandil.
¿No ves que tu odio hacia Gil
es la muerte de tu madre?
¡Qué! ¿nada vale la vieja
que habita bajo esas cañas?
Te ha llevado en sus entrañas.
¿Nada vale? ¿Así se deja
sumida en dolor profundo,
sin duda porque la ves
sin fuerzas?...
- JULIAN. Padre...
- PEDRO. ¿Porque es
un soplo? ¡Si este es el mundo!
Engríete, ya que puedes.
¿Qué fuera del roble erguido
sin ese soplo perdido
entre esas cuatro paredes?
- JULIAN. Padre, me está usted matando.
- PEDRO. Tú á mí con tanto egoísmo.
¡Ingratos!... ¡Siempre lo mismo!...
- JULIAN. Pues bien, á todo me ablando.
Venga pronto ese señor,
y acepte usted su dinero,
- PEDRO. ¿De veras? (Con alogría.)
- JULIAN. Pero...
- PEDRO. No hay pero;
que nos hace un gran favor.
- JULIAN. ¡Favor! ¿si está en su interés
que yo me vaya al servicio,
cómo quiere?...
- PEDRO. No hagas juicio:
ya lo veremos después.
- JULIAN. Siento deber á un contrario ..
- PEDRO. Descuída, que no desbarra.
(Si acaso don Rufo marra,
aún queda el arrendatario.)
Alguno se acerca.
- JULIAN. (Mirando.) Sí.

Es Perico No-matar.

PERICO. (Dentro.) Tío Pedro, ¿se pué pasar?

ESCENA V

DICHOS y PERICO frotándose las manos, riéndose y encogiéndose de hombro; detalles que caracterizan á este personaje. Además hablará muy alto.

PEDRO. (Yéndose á Perico en ademán colérico.)
¿Qué vienes á hacer aquí?

PERICO. ¡Jé, jé, jé...! Vengo... está claro,
porque usté lo ha prohibido;
la privación, tío Pedro,
es causa del apetito.
Apenas me vido usted,
cuando hace un mes nos gorrivimos
de la ciudad éste y yo,
convertíos en dos quintos... (Alzando la voz.)

JULIAN. ¡Silencio!

PEDRO. ¡Si no te callas!...

PERICO. Demonche, siempre me olvido...

PEDRO. Por eso, entonces, te dije,
y por eso te repito,
que ni á cien leguas asomes
la cara por estos sitios,
que no quiero que se entere
mi mujer de lo del chiquio,
y tú no sabes callarte.

PERICO. Cá, no señor; soy lo mismo
que un difunto; más callado
que la rueda de un molino.
¡Pero ya se ve! usted dice
que no venga aquí, y es licito
que yo me queme y requeme
por asomar el hocico.
Por otra parte, me irrita
que me tengan por un mirlo:
no señor, yo no soy eso.
Ahora voy yo, correndico,
á decir á la tía Cláudia
que ya es sordado su hijo,

y que pronto va á largarse
con el chopo...

PEDRO. (Dándole un puntapié.) Toma, indino.

PERICO. ¡Ay, ay, ay!

PEDRO. Lárgate pronto.

PERICO. Pero...

PEDRO. Ó hago un *estropicio*.

JULIAN. Echa á andar.

PEDRO. Sí, que se vaya.

JULIAN. Ven y cavarás conmigo.

PERICO. ¿Yo trabajar? un demonio.
Adonde voy ahora mismo
es á casa del alcalde.

JULIAN. ¿A qué?

PERICO. ¡Toma! que ha venido
un soldado y quiero verle.
No sé por qué me encandilo
siempre que veo un soldado.
Como voy á ser amigo
de tóos. Julián no seas tonto,
anda y verás qué dos chirlos
tiene aquí, salva la parte,
y qué bigotes de erizo,
y qué mochilla tan guapa,
y qué chacó tan polido.
Anda y vete acostumbrando,
que al fin y á la postre, chico,
tú también... No digo nada.
(¡Demonche, siempre me olvido!...)

JULIAN. Eres, Perico, muy bruto.

PEDRO. Eres muy bruto, Perico.

PERICO. (No han tomado mala tema;
todos me dicen lo mismo.)

PEDRO. (Á Julián.) (Vete con él; y de lo otro
descuída, que yo...)

PERICO. (Mirando á la derecha.) Este tío
sí que me carga y revienta.
¡Ya se vé! como es tan rico,
hace medida su boca,
y hace ley de su capricho.

PEDRO. ¿De quién hablas?

PERICO. De don Rufo.

- También es soldado su hijo.
—¡Mucho ojo, Julián, mucho ojo!
que el mozo está derritido
por tu novia, y si se empeña...
- JULIAN. ¿Qué?
- PEDRO. Le romperé el bautismo.
- PERICO. Hay quien dice que el tal Gil
ha jurado ser marido
de Rosica, antes de poco;
y como Gil es un niño
mal educao, y su padre
es tan rabieta y...
- PEDRO. ¡Perico!...
- PERICO. Bien, hombre, no he dicho nada.
(¡Uy! ¡parece un basilisco!)
- PEDRO. (Á Julián.) Déjame á solas con él.
- JULIAN. ¡Padre!...
- PEDRO. Vete.
- PERICO. Conque...
- PEDRO. Chito.
- PERICO. (Mire usted que es mucho empeño
que no he de soltar el pico,
cuando soy lo más prudente
que hay en todo este circuito.)

ESCENA VI

PEDRO y D. RUFO

- PEDRO. (Dirigiéndose á D. Rufo con cariño.)
¡Don Rufo!
- RUFO. Pocos cumplidos.
- PEDRO. Pero...
- RUFO. Al grano.
- PEDRO. (¡Hombre más brusco!)
- RUFO. ¿Está usted solo?
- PEDRO. Con Dios,
que está en todas partes.
- RUFO. Justo.
Tío Pedro, vamos á hablar
sin ambages ni repulgos.
Fuerza es que usted se conozca

y que baje usted los humos
de ese bigardo.

PEDRO. ¿De mi hijo?

RUFO. Mi casa se ve en disturbios
continuamente, y por él,
Gil no descansa un minuto.
La culpa toda la tiene
ese pedazo de estuco.
¡Qué más pudiera soñar
que ser mi nuera!...

PEDRO. Calculo...

RUFO. No hay que calcular: lo dicho.

PEDRO. Pero...

RUFO. No hay pero ninguno.

Hace poco á Zaragoza
hicimos un viaje juntos
con motivo de las quintas.

PEDRO. Por cierto que estaba nublo;
por eso sacó sin duda,
Julián el número uno.

RUFO. Gil sacó el dos.

PEDRO. ¡Toma, toma!
¡si yo tuviese el bandullo
como usted!...

RUFO. No hablemos de eso;
cada cual tieneⁿlo suyo.

PEDRO. Es verdad.

RUFO. Y usted no tiene
más renta ni más escudos
que su hijo.

PEDRO. Cierto.

RUFO. Y su hijo
no tieneⁿnada en el mundo.

PEDRO. Su honradéz.

RUFO. (Con desprecio.) ¿Usted qué sabe?

PEDRO. ¡Cómo! ¿qué?

RUFO. Si habla usted mucho,
me voy.—Julián, hoy es quinto,
y mañana...

PEDRO. (Conmovido.) Me figuro;
mañana será soldado.

RUFO. Y al otro, quizás difunto;

que el militar anda siempre
con un pié sobre el sepulcro.

PEDRO. ¡Hombre!

RUFO. Es la fija.

PEDRO. ¡Carape!
¡Habla usted de un modo!

RUFO. Juzgo
que no hay que andar con rodeos.

PEDRO. Pero eso de ver difunto
al chiquio...

RUFO. En usted consiste.

PEDRO. ¿En mí? ¡Carape! don Rufo,
usted se burla.

RUFO. Hablo serio.
Yo tengo trescientos duros
para librar al muchacho.

PEDRO. ¡Oh! ¿para librarle? (Con júbilo.)

RUFO. Punto
en boca.

PEDRO. Pero...

RUFO. Con una
condición.

PEDRO. ¿Con una?

RUFO. Justo.

PEDRO. Con doscientas mil que sean;
pues sí, ¡que es flojo el apuro
para andar con requilorios!
Pida usted, pida á su gusto.
Si quiere usted que arreglemos
las viñas, mi brazo rudo,
que nunca rindió el trabajo,
es de usted de Julio á Julio.
Si quiere usted que prepare
las tierras, yo le aseguro
que siempre ha de verme usted
sudando sobre los surcos.
Si es la huerta, será envidia
por sus flores y sus frutos;
si es la casa, nada digo;
si el olivar, nada arguyo;
y si es mi sangre, hable usted,
que voy á rasgar al punto

en mil pedazos mis venas;
no crea usted que me asusto:
con tal de librar á mi hijo
nada me asusta en el mundo.

RUFO. No quiero yo nada de eso.

PEDRO. Entonces... ya estoy confuso.

RUFO. Que el chico vaya á encargarse
de la hacienda que está junto
al Ebro... á catorce leguas.

PEDRO. ¡No ha de ir! Con mucho gusto.

RUFO. Y que no vuelva á acordarse
de esa mujer.

PEDRO. ¿Eh?

RUFO. No sufro
tranquillas; ó cede el campo
ó no le doy sustituto;
y chitón: de esto, ni á Gil
ni á nadie ha de darle el humo.

PEDRO. (Después de una pausa.)

Es decir, que usted pretende
—después de tantos tapujos,—
que yo venda el corazón
de Julián... ¡Voto á San Bruno,
que para comprar tal joya
hay poca plata en el mundo!
No hay corazón que se venda
cuando un corazón es puro,
y si yo no vendo el mío
mal puedo vender el suyo.

RUFO. Entonces será soldado.

PEDRO. Entonces, no será un tuno.

RUFO. Y ausente de aquí, veremos
quién de los dos goza el triunfo.

PEDRO. ¡Toma! mi chiquio.

RUFO. ¡Su *chiquio*!

PEDRO. Rosa es más firme que un muro.

RUFO. ¡Firme!... ¡sí!

PEDRO. Y usted lo sabe.

RUFO. ¿Yo?

PEDRO. Vaya, no soy tan zurdo.

La venta que usted propone
es un dato y muy seguro.

- RUFO. ¡Miserable!
- PEDRO. ¿Qué se entiende?
- RUFO. ¿Se burla usted?
- PEDRO. No me burlo.
Digo que su hijo de usted
no ha de ablandar esos duros
barrotes, ni con lamentos
ni con dinero.
- RUFO. Ya sudo
de cólera; ¿cuándo y cómo
se ha figurado ese estúpido?...
- PEDRO. Vuelta otra vez. (Colérico.)
- RUFO. ¿Ese necio?...
- PEDRO. No diga usted otro insulto
á mi hijo, ó le rompo un hueso. .
- RUFO. ¿Á mí?...
- PEDRO. Contra esos pedruscos.
- RUFO. ¡Por Cristo!
- PEDRO. No hay más que lo hago
como lo digo.
- RUFO. ¡Estos brutos!...
- PEDRO. Son tan honrados de pecho
como fornidos de puños...
y hacen así.
(Se dirige á D. Rufo en ademán de pegarle.)
- RUFO. (Retrocediendo.) Mas...
- PEDRO. Defiéndase,
porque si no le estrangulo.
(Echa las manos al cuello de D. Rufo. En este
mismo momento aparece la vieja Cláudia.)

ESCENA VII

DICHOS y CLAUDIA

- CLAUDIA. ¡Ave María Purísima!
- PEDRO. ¡Mi mujer, voto á mi abuelo!
- RUFO. (Repuesto del susto y dando suelta á la ira.)
¡Que Dios me falte, canalla,
si no te acuerdas!
- PEDRO. (Á don Rufo.) (Silencio,
que está ignorante su madre,

y yo... yo estoy que reviento.)

CLAUDIA. ¿Qué ocurre?

PEDRO. Nada.

RUFO. ¡Sí! ¡nada!

PEDRO. (A Cláudia, pugnando por entrarla en la casa.)
Ya te diré.

RUFO. (Amenazando á Pedro.) ¡Te prometo!

CLAUDIA. (Sorprendiendo la acción de don Rufo.)
¿Va usted á pegarle?

PEDRO. ¿Quién?

¿A mí?... Cláudia, vete adentro.

CLAUDIA. Yo quiero saberlo todo.

PEDRO. Todo es cuestión de un majuelo.

RUFO. Miente.

CLAUDIA. ¿Tú?

(Cogiendo de un brazo á su mujer y volviéndose rápido á don Rufo. Con energía.)

PEDRO. (Voy á estamparle
de un puñetazo los sesos.)

CLAUDIA. ¡Dios mío!

PEDRO. No, si no es nada.

CLAUDIA. (Temblando voy por mi Pedro.)

PEDRO. (Mal se ha portado conmigo
la Patrona! Por el cielo,
que si no ataja mis iras
va á ser el día sangriento.)

ESCENA VIII

DON RUFO

¡Mal me conoce el menguado!
Yo le juro que el veneno
que ha derramado en mi alma
ha de surtir sus efectos.
Tú fías todo á tus puños,
yo fío todo al dinero:
sin él, muere tu esperanza;
con él, cumplo mis deseos.
Tú no tendrás á tu hijo;
en cambio yo... ¡Nos veremos!
¡Oh! con lágrimas de sangre
pagarás tu orgullo necio.

ESCENA IX

DON RUFO y GIL por la izquierda, en traje del país,
pero lujoso.

GIL. (Contemplando las rejas de la casa de Rosa. Con despecho.)

No hay cuidado que se asome
á la reja ni un momento,
como á la reja no llegue
ese Julián del infierno.

RUFO. ¡Mi hijo aquí!

GIL. Siempre mi padre,
como sombra de mi cuerpo.
Tendremos caución.

RUFO. Me agrada
verte.

GIL. Padre, ¿no empezamos:
que cuanto usted me predique
es predicar en desierto.
Cien veces le he dicho á usted
y le repito otras ciento,
que ni abandono la aldea,
ni estudio, ni hablo, ni pienso
en otra cosa, que en esa
mujer.

RUFO. ¡No te enfades; bueno!

GIL. Esa mujer desdeñosa
ha de ser mía, á despecho
de Julián y de su padre,
de usted y del mundo entero.
No espere usted que desista
ni un punto; que es mi deseo
tan rebelde á toda traba
y tan tenáz, como el fuego
que á veces prende á las eras
por un extraño siniestro,
que crece con más empuje
cuanto más arrecia el viento.
Así, padre, no me siga,
y cese usted.

- RUFO. ¿Que si ceso?
¡Ya lo creo! Es más: te obligo;
es más; te ayudo en tu empeño.
- GIL. ¡Cómo!
- RUFO. ¡Si hasta aquí quería
disuadirte, hoy no, hoy prefiero
á esa mujer, la más pobre,
á la más rica del pueblo.
- GIL. ¿Ese cambio?...
- RUFO. ¡Ha de acordarse
de mi nombre el tío Pedro!
- GIL. ¿Es que ha caído usted ya
en la cuenta? ¡Va usted viendo
que esa gente está insufrible?
- RUFO. Deja que sigan tan huecos.
- GIL. ¡Y ella en tanto continúa
sorda á mi voz y á mi ruego!
- RUFO. Dádivas quebrantan peñas,
deja que cambien los vientos.
- GIL. Todo es en balde.
- RUFO. ¡Pobrete!
- GIL. No hay quien trueque en fuego el hielo,
y esa mujer es más firme.
- RUFO. ¡Firme! ¿Qué sabes tú de eso?
«A una torre la comparas,
»sin duda, por su firmeza,
»sin ver que las torres tienen
»casi siempre una veleta.»
¿Recuerdas tú ese cantar?
- GIL. Yo sólo mi mal recuerdo.
- RUFO. Pues no le des al olvido
y aplica á tu Rosa el cuento.
(Se oyen voces confusas.)
¿Pero qué estrépito es ese?
- GIL. Voy á ver...
(Detiéndose al ver á Perico que viene saltando.)

ESCENA X

DICHOS y PERICO; á poco PEDRO

PERICO. ¡Anda, salero!

Menudo cisco se ha armado
en el lugar. ¡Eh, tío Pedro!
Pronto, asome usted la gaita;
que se ha venío un ejercito
de seis soldados y un cabo
y un corneta y un sargento,
que van de paso.

PEDRO. (Saliendo azorado.) ¿Qué dices?

PERICO. Que dentro de unos momentos
yo y Julianico y el Porro,
y el hijo del tío Cencerro,
y el nieto de la Piporra,
y el sobrino del Cangrejo,
vamos á tomar el jope
para meter nuestros cuerpos
en otros cuerpos sin alma
que se llaman regimientos.

GIL. ¿Oye usted? (Con alegría.)

RUFO. Ven; no nos vean.

(Se retiran al fondo, de suerte que puedan escuchar sin ser vistos de Perico y el tío Pedro.)

PEDRO. Perico, mira si es cierto
lo que dices.

PERICO. ¡Toma, toma!
pues menudo jimoteo
se ha armado entre las mujeres.
No bien ha tomado vuelo
la noticia, se ha llenado
de gente el Ayuntamiento,
Echada atrás la montera,
alta la vara y más tieso
que un ajo, nos ha leído
el alcalde un dicumento
en el que manda quien puede,
que sin pérdida de tiempo
vayamos á Zaragoza;
y todos nos vamos, menos
el hijo del tal don Rufo,
de ese tío tan...

RUFO. (¡Ah, perro!)

GIL. (Voy á cruzarle la cara.)

RUFO. (Conviene más que escuchemos.)

PEDRO. ¿Es posible?

PERICO. La noticia
ha sido un rayo en el pueblo.
Desiertas están las parvas
y desiertos los majuelos;
da grima mirar las eras,
los atochales dan miedo,
y están cabañas y chozas
que parecen cementerios.
¡Pues y las madres!... Carape,
ya me olvidaba.

(Mirando á la casa del tío Pedro.)

PEDRO. Está lejos;
y á más, ¡qué importa que grites,
si el mal no tiene remedio!
¡Pobre madre!

RUFO. (No hay mujer
que resista tanto tiempo
de ausencia. ¡Ocho años!)

GIL. (¡No es poco!)

RUFO. (Desde hoy seguirás un nuevo
plan de campaña.)

GIL. (Sepamos.)

RUFO. (Ven conmigo y hablaremos.)

(Vanse. Pedro habrá inclinado la cabeza, apoyada en el brazo, sobre la pared de su casa. Perico se habrá puesto de puntillas para mirar hacia el fondo.)

ESCENA XI

PEDRO y PERICO

PERICO. No hay casa chica ni grande,
ni hay moza, vieja ni viejo,
que no anden á vueltas ahora
con los morrales; al menos
llevarán los chicos algo
que... ¡pu:s! Yo como no tengo
padre, ni madre, ni nada,
¡como no me chupe el dedo!
En fin, Dios dirá. Quién piensa

en comer... ¡Alza, salero!
¡No voy á andar mucho mundo
que digamos!... Yo me alegro,
porque al fin... Alza, pilili.
¿Quién dijo penas?—¿Qué es eso?
Tío Pedro, ¿está usted llorando?
PEDRO. ¿Yo llorar?... ¡Voto al infierno!
¿Yo llorar?...

PERICO. Si no me extraña;
he visto rodar al suelo
lagrimones como nueces.
El caso no es para menos;
al fin y al cabo nos vamos
la flor y nata del pueblo;
nos vamos los buenos mozos
y esto se queda hecho un yermo;
los ricos empobrecidos,
los pobres sin alimento,
las novias sin esperanza
y las madres sin consuelo.
Esto es más claro que el agua;
pero en fin, ¿qué hacer?

PEDRO. No quiero,
no quiero; vamos, Perico.

PERICO. ¿Qué no quiere usted?

PEDRO. ¡Creerlo!

PERICO. ¡Bah!

PEDRO. Si llego á convencerme
que hoy mismo, esta tarde, dentro
de algunos minutos, voy
á perder el chiquio, pienso
que he de arrancarme los ojos.

PERICO. ¿Va usted á cegar, tío Pedro?

PEDRO. Si sus miradas me faltan,
¡qué más ciego, que más ciego!

PERICO. Pues tío Pedro, á mí me duele
que le duela; pero el hecho
es que Julianico...

PEDRO. Acaba.

PERICO. Coje el chopo.

PEDRO. Lo veremos.

(Suena un toque de corneta.)

PERICO. ¡Claro está! ¡Pues vele ahí!
Esa... es toda una corneta.

ROSA y CLAUDIA. Pero...

PERICO. ¿No saben ustedes
lo que pasa? ¡Toma, toma!
¡Pues sí, que el caso es de broma!
¡Ya se vé! entre esas paredes...
¡claro! ¿qué ha de suceder?
Tía Cláudia, yo, si lo siento,
es por... (Soy todo un jumento,
por poco lo echo á perder.)

CLAUDIA. ¿Por qué?

ROSA. Dí pronto.

CLAUDIA. Me abrasa.

PERICO. Jé... jé... jé... (Rascándose la cabeza.)

ROSA. Nos desesperas.

CLAUDIA. ¡Huy que hombre!

PERICO. (Á Rosa.) ¿Pero es de veras?
¿No sabes tú lo que pasa?

ROSA. Nada sé.

CLAUDIA. A oscuras estamos.

PERICO. ¿Ni usted tampoco?

CLAUDIA. Ni pizca.

PERICO. Va usted á quedarse bizca.

CLAUDIA. ¿Yo?

PERICO. ¡Qué alboroto!

ROSA. Sepamos.

PERICO. ¡Si es atróz!

CLAUDIA. Ya no hay aguante.

ROSA. Dílo, y sea lo que sea.

PERICO. ¡Jesús, cómo está la aldea!
hecha un campo de *Algramante*.
¡Qué de clamar á los cielos!
¡qué andar á vueltas con todo!
¡qué hablar! ¡qué correr! qué modo
de tirarse de los pelos!

ROSA. ¿Pero bien, y? ..

PERICO. ¡Pobre moza!

CLAUDIA. ¿Qué es ello? por Dios, sepamos.

PERICO. Casi nada; que hoy nos vamos
los quintos á Zaragoza.

ROSA. ¡Dios mío! ¿y Julián también?

CLAUDIA. ¿Julián? (Pausa breve.)

PERICO. (¡Atiza!)

CLAUDIA. ¡Dios santo!

¿Julián?

ROSA. Tía Cláudia...

CLAUDIA. ¡Ese llanto!

¿Es verdad?...

PERICO. (¡Se armó el belén!)

CLAUDIA. ¿Mi hijo soldado?

PERICO. ¡Aprensión!

CLAUDIA. ¡Soldado, sí!

ROSA. ¡Suerte impía!

CLAUDIA. ¡Hijo mío!

(En este momento sale Julián, que al ver á su madre se precipita en sus brazos.)

ESCENA XIII

DICHOS y JULIÁN

JULIAN. ¡Madre mía!

CLAUDIA. ¡Hijo de mi corazón! (Se desmaya.)

JULIAN. ¡Rosa! se pone mortal
mi madre...

ROSA. ¡Cómo!

JULIAN. Un vahído.

(La sientan en un banco, Rosa la sostiene. Julian dice á Perico.)

¿Quién fué el traidor?

PERICO. (Azorado.) Esa ha sido;
esa.

JULIAN. ¿Tú?

ROSA. Yo, que al fatal
anuncio de tu partida
sólo he pensado en mi suerte.

JULIAN. ¡Por qué no viene la muerte
si mi vida no es mi vida;
si hay quien juegue á su placer
con ella; si hay quien taladre
el corazón de esta madre
y el alma de esa mujer!

PERICO. Julianico, yo lo siento;

pero ya tardamos y...

JULIAN. ¿Dejar á mi madre así?

PERICO. Mayor será su tormento
si vuelve á verte.

JULIAN. Imposible.

PERICO. Ve que el alcalde es un tío
de malas pulgas.

JULIAN. ¡Dios mío!
¿Qué hacer? ¡Situación horrible!

ROSA. Ya alienta.

JULIAN. Rosa, valor;
fuerza es que ya no me vea
mi madre.

ROSA. ¡Cómo!

JULIAN. ¡La aldea
voy á dejar! Del dolor
hasta pudiera morir,
que no hay madre que resista
por mucho tiempo la vista
del hijo que va á partir,
para no volver quizás.

ROSA. ¡Julián!

JULIAN. ¡Escuche tu acento!
Repite tu juramento
de no olvidarme jamás.

ROSA. ¡Lo juro!

JULIAN. Testigos Dios
y esa cruz.

ROSA. Oye...

JULIAN. Mi padre
me está esperando.

(Se arrodilla delante de Cláudia que aún no habrá
vuelto completamente del desmayo y la besa una
mano.)

¡Adiós, madre!

PERICO. (Llorando.) ¡Si yo la tuviera!

JULIAN. (Á Rosa que sestione á Cláudia con una mano,
mientras que con la otra se oculta el rostro para
llorar.)

Adiós.

(Vanse Julián y Perico.)

ESCENA XIV

ROSA y CLÁUDIA

CLAUDIA. ¡No tuvisteis compasión!
Todos me habéis engañado,
y todos habéis jugado
con mi pobre corazón.
¡Julián!... ¡Hijo mío!
(Abriendo los ojos y alzándose rápidamente.)

¡Qué!

¿No está?... ¡Dios santo, responde!
¿En dónde se encuentra, en dónde?

ROSA. ¡Madre!

CLAUDIA. (Desprendiéndose de Rosa.) ¡Yo le encontraré!
(En el mismo instante aparece Pedro. Cláudia y Rosa se echan en sus brazos. Empieza á anocheecer.)

ESCENA XV

DICHAS y PEDRO

CLAUDIA. ¡Pedro!

PEDRO. ¡Fué vano mi afán!

¡Cláudia!...

CLAUDIA. ¡Mi hijo!

PEDRO. ¡Llora, llora!

(Mañana al salir la aurora
sus ojos no le verán!
Tras ese monte sombrío,
con esa sombra que avanza
va á perderse mi esperanza,
mi único bien.)

CLAUDIA. ¡Hijo mío!

PEDRO. ¡Quién dará á estos pobres viejos
su apoyo!

ROSA. ¡Padre!

CLAUDIA. Corramos,
aún puede que le veamos;
sí, sí, no debe estar lejos.

(Van á partir y se oyen guitarras y la popular canción.)

«Ya se van los quintos, madre,
»por la puerta de Alcalá,
»ya se van los quintos, madre,
»¡sabe Dios si volverán!»

CLAUDIA, ROSA y PEDRO. (Deteniéndose.)

¡Oh!

(Al mismo tiempo Gil, que habrá aparecido en escena y se habrá colocado junto á las rejas de la casa de Rosa, preludia en la guitarra el acompañamiento de una serenata. D. Rufo viene detrás.)

ROSA.

¡Gil!

PEDRO.

¡Y lo he de sufrir!
cuando de insultarme trata.

(Coge un azadón que habrá dentro del portal de su casa.)

CLAUDIA. ¡Pedro! (Deteniéndole.)

PEDRO.

Ó le mato, ó me mata.

Ya, qué me importa morir.

CLAUDIA. ¡Ingrato!

PEDRO. (Dejando caer el azadón.)

¡Es verdad!

GIL.

(No espero

vencer su amor, que es profundo.)

RUFO.

(Todo se logra en el mundo
con astucia y con dinero.)

CLAUDIA. ¡Dios mío! un rayo de luz;

luz que ilumine la aldea.

¡Quién sabe! quizás le vea
subida al pie de esta cruz.

(Cláudia sube á la cruz. En este momento un rayo de luna llena de claridad la escena.)

TODOS.

¡Oh!

CLAUDIA. Por allí. (Rápido.)

(Señalando al fondo. Rosa sube á la cruz. Pedro se empina sobre el primer escalón, en medio de las dos mujeres.)

ROSA.

¡Es singular!

(Al mismo tiempo se oye más lejana la canción:)

«Ya se van los quintos, madre,
»sabe Dios si volverán.»

CLAUDIA. (Cayendo de rodillas al mismo tiempo que Rosa.)
¡Protégele tú, Dios santo!

PEDRO. (En pié, con voz temblorosa y alzando los brazos
al cielo.)
¡Cobijale tú en tu manto,
Virgencica del Pilar! (Todo rápido.)
(Cuadro. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el anterior. En la casa de Pedro, por la puerta que da frente al espectador, se notan las huellas de un incendio. En la de Rosa están cerradas las ventanas y la puerta.

ESCENA PRIMERA

EL PORRO y dos ALDEANOS tendidos en el suelo.

ALD. 1.º ¿Estáis dormidos?

PORRO. ¿Quién puede
dormir con esta solana?
Vaya al demonio la sienta.

(Los tres se incorporan y permanecen sentados formando semicírculo.)

ALD. 1.º Parecen las piedras ascuas.

ALD. 2.º ¡Pues digo, que las avispas
llevan al pico unas lanzas!

PORRO. Agujas dirás; conmigo
la ha tomado una bandada,
y me ha puesto la nariz
lo mismo que una patata.

ALD. 1.º Sabéis que si viene el amo...

PORRO. ¡Tu, tu, tu, tu!... pues bueno anda
el amo para cudiarse
de las trillas y las parvas.

Dende que hizo su deseo
y se casó con el ama,
tan pensativo anda el hombre
que parece un automata.
Dicen que si anda celoso
de Julián. ¡Cristo me valga!
tenerle celos á un muerto.

ALD. 1.º Imposible.

ALD. 2.º ¡Vaya, vaya!...

PORRO. La verdad es que don Gil
se da de calabazadas
con una idea, y la hacienda
le importa una pipitaña.
Tres cosechas van perdidas
y andan en pleito las casas
de don Rufo.

ALD. 1.º ¡Qué don Rufo!
Dirás de don Gil.

PORRO. De entrambas
presonas.

ALD. 1.º Don Rufo, al cabo,
no pinta en el mundo nada.

PORRO. ¡Dende que el hombre está ciego!
(Con misterio.)

Hay quien dice en la comarca
que el rayo ha sido un castigo.

ALD. 1.º La Providencia es muy sabia.

PORRO. ¡Cuántas cosas han pasado
en pocos años!...

ALDEANOS. ¡Caramba!

PORRO. Toitico ha cambiado, todo.
Ocho años hace, esta casa
que ahora nos presta su sombra,
era un nidico, una jaula
de amor... ¡Pobre Julianillo,
pobre Pedro y pobre Cláudia!
Ya de los tres sólo uno
queda en el mundo.

ALD. 2.º ¡Qué lástima!

ALD. 1.º La culpa toda, es sabido,
las tales quintas.

PORRO. Mal haya

quien rompe lazos que tienen
unidas á tantas almas.

ALD. 1.º ¿Y qué decís de Rosica?

PORRO. ¡Callad; la tengo una rabia!...
¡Haberse casado al cabo
con Gill!...

ALD. 1.º La pobre muchacha
estaba sola en el mundo.

PORRO. ¿Qué sola ni qué azofáifa?
Dí tú que son las mujeres
toíticas como las aspas
de un molino que se mueven
al viento que sopla. Vayan
todas con mil de á caballo,
que á mí ninguna me engaña.

ALD. 1.º Quien habla de las mujeres
de un modo que desquijarra
á cualesquiera, es Perico
No-matar.

ALD. 2.º y PORRO. ¡Já, já!

ALD. 1.º ¡Ya es máula
el tal Perico!...

PORRO. Es lo cierto
que el servicio de las armas
le ha güerto de arriba á abajo.

ALD. 1.º Claro está: ha corrió tantas
y tantas tierras.

ALD. 2.º ¡Y á más
ha estado en tantas campañas!

PORRO. ¡Cuidiado que cuenta cosas!...
¿Eh?

ALD. 1.º Ya, ya.

PORRO. Yo siempre que habla
estoy con la boca abierta.

ALD. 1.º Y yo también.

ALD. 2.º Y yo.

PORRO. ¡Lástima
que sea un holgazanote
tan grandel!

ALD. 1.º Sí.

ALD. 2.º Pero calla,
no me engaño; aquí se acerca.

(Todos se levantan.)
PORRO. ¡Perico! (Llamando.)
ALD. 1.º Ven.
PERICO. (Con flojedad.) ¿Quién me llama?

ESCENA II

DICHOS y PERICO en mangas de camisa, con pantalón azul, chaqueta amarilla y gorra de cuartel, muy estropeado.

PORRO. Ven: semos nosotros.
PERICO. ¡Hola!
bien á la sombra trilláis.
¡Holgazanes! siempre estáis
tendidos á la bartola.
(Tumbándose en el banco.)
PORRO. ¡Sí, que tú!...
PERICO. Calle el zamarro;
yo he mordido ya el cartucho
y he corrido mucho, mucho... (Transición.)
Á ver quién me da un cigarro.
PORRO. Ten.
ALD. 1.º Del mío.
(Perico toma una cajetilla y se la mete en el bolsillo después de haberse servido tabaco para un cigarro.)
PERICO. ¡Si os explico
mis empresas belicosas!
ALD. 2.º (Lo guarda.) (Ap. al Porro.)
PORRO. (¡Jé, jé! ¡Son cosas
del licenciado Perico!)
PERICO. Yo no he estado en el cuartel
nunca; siempre de batalla;
¡y he sufrido más metralla!...
—Á ver quién me da un papel.
ALD. 1.º Yo tengo. (Buscando en el bolsillo.)
PORRO. (Ap.) Da lo que pida
y no sueltes el lebrillo,
porque se lo echa al bolsillo,
como el tabaco.)
(El Aldeano 1.º da un papel á Perico, y se guarda el resto.)
PERICO. ¡Qué vida!

todo lo hace la costumbre.

PORRO. ¿Y has matado mucha gente?

PERICO. Lo menos trescientos veinte...

ALD. 2.º ¡Zape!

PERICO. Á ver quién me da lumbre.

ALD. 1.º ¿Fumas? (Dándole un fósforo de cartón ercondido. Perico, al oír la indirecta, hace ademán de darle un torniscón.)

PORRO. ¿Y tú tienes por mote
No-matar?

PERICO. Voto á mi abuelo,
que era un bendito del cielo,
que el mote fué mal pegote.
¡Y bien que me ha hecho rabiar
de quinto!

PORRO. ¿Qué te ocurría?

PERICO. Que todo el mundo decía:
«ahí va el quinto *No-matar.*»

ALDS. ¡Jé. jé!

PERICO. Luégo entré en acción.

PORRO. Y dejaste alguno frito,
¿eh?

PERICO. Yo atravieso un mosquito
con la bala de un cañón...

ALDS. ¡Carape!

PORRO. Ya voy yo viendo
que has tomado muchas alas.

PERICO. Yo me burlo de las balas;
se aprende mucho sirviendo;
no hay más remedio que abrir
los ojos.

ALD. 1.º Ya.

PORRO. ¡Y de qué modo!

PERICO. Yo sé de todo, de todo,
menos leer y escribir.

PORRO. ¿Y de mujeres, Perico?

PERICO. Tu, tu, tu.

PORRO. Aquella patrona
que tuviste en Barcelona.

PERICO. ¿Toribia?

ALD. 1.º ¡Valiente mico!

PORRO. ¿Y aquella moza de Estella

que pretendiste?

PERICO. Ahí verás;
si estoy otro día más
me dice que sí.

PORRO. ¿Y aquella
de Jeréz que te quería
tanto?

PERICO. ¿Cuál?

PORRO. La que aguardaba
en el balcón y te echaba
dinero y cuanto tenía.

PERICO. ¡Ah! sí; me amaba de veras.
Un día logré acercarme,
y no sabiendo qué echarme...
me echó por las escaleras.
Julián podría contar
lo que era yo, si viviese.
¡Pobre chico!

PORRO. ¡También ese
sería!...

PERICO. ¿Quieres callar?
Julián llevaba en su pecho
un altar, y en él rendía
adoración á la arpía
que habitó bajo este techo.
El pobre rodó al abismo.
¡Se sublevó!...

PORRO. ¡Voto á tall!

PERICO. Como no era general,
claro, se rompió el bautismo.

PORRO. Fué á las islas...

PERICO. ¡Qué se yo!
¡Bien mala suerte le cupo!
Desde entonces nadie supo
de él.

PORRO. Se supo que murió.
Precisamente era ese año
alcalde don Rufo el ciego.

ALD. 1.º Verdad.

PERICO. ¡Don Rufo!... ¡reniego!...
Pero en fin; bien pagó el daño.
No hay más que verle la cara

- GIL. En su casa,
en su cuarto.
- RUFO. ¿Sin salir,
y á solas con mi conciencia?
¿Olvidas ya que por tí
he cometido una infamia?
¿Que manché con un ardid
mi autoridad?...
- GIL. ¿Quién se acuerda?...
- RUFO. Que hoy llora un padre infeliz
la falsa muerte de un hijo;
muerte que hizo sucumbir
á una madre.
- GIL. ¡Y bien!
- RUFO. ¿Por qué?
¿Por qué te muestras hostil
conmigo? ¿Piensas acaso
que puedo yo subsistir
falto de la luz del cielo
viendo tu conducta vil?
El rayo que me ha robado
la luz, también hizo huir
el valor de mi conciencia,
y hoy tengo miedo de mí.
- GIL. Vaya usted, pues, á su antojo
del uno al otro confín
de la aldea; no haya miedo
que yo... vaya por ahí,
tropezando y blasfemando...
- RUFO. ¿Cómo no he de maldecir
mi suerte!
- GIL. Constantemente
maldigo la mía.
- RUFO. ¡Gil!
- GIL. Ocho años hace llegaba
al pié de esta reja á oír
desprecios. ¿Usted recuerda
lo que entonces dijo?
- RUFO. Sí.
- GIL. Con dinero y con astucia
tu deseo has de cumplir.
- RUFO. Y has cumplido tu deseo.

Rosa es tuya.

GIL. ¡Por Caín!
Más me dañan esas frases
que el veneno más sutil.
¡Rosa, mía! ¡Qué sarcasmo!

RUFO. ¿No es tu mujer?

GIL. Más; es mi
esclava, siempre sumisa,
oye mis órdenes sin
alzar los ojos del suelo;
pero sus recuerdos, y
su alma y sus oraciones,
sus pensamientos, en fin,
son del hombre venturoso
que amó con amor febril.

RUFO. ¿Tienes celos?

GIL. Ni yo mismo
sé lo que tengo.

RUFO. ¡Infeliz!

GIL. Y sin embargo, este infierno
que siento, lo paso á mis
solas, en tanto que usted...

RUFO. ¡Yo!

GIL. No, no es esto decir
que usted no cumpla su gusto.

RUFO. ¿Te atreves?...

GIL. ¡Lo que es por mí!

RUFO. ¡Infame!

GIL. Tendré que irme.

RUFO. ¡Oh!

GIL. ¡Quién puede resistir...!

RUFO. La culpa es mía, sí, mía.
Certara yo de raíz
el tallo, y no fuera el fruto
tan miserable y tan ruín.

GIL. Cortáralo usted, y entonces
sería yo más feliz. (Vase.)

ESCENA V

DON RUFO á poco PEDRO

RUFO. ¿Y es él quien me lanza al rostro
mis faltas? ¿Y he de sufrir
que así se burle el menguado?
¡Si yo le viera... infeliz!
¡Un rayo de luz tan solo!
(Como implorando al cielo. En este momento apa-
rece el tío Pedro apoyado en un garrote.)

PEDRO. Ocho años hace, que así
pedía un rayo de luz
una madre; iba á partir
su hijo.

RUFO. ¡Pedro!

PEDRO. ¡Pobre Cláudia!

¡Dios tuvo piedad de tí,
y le vimos, sí, le vimos
por la última vez! Por fin
ya estáis los dos en el cielo,
y yo os habré de seguir
presto.

RUFO. Pedro.

PEDRO. No me toque,
no se acerque usted á mí.

RUFO. ¿Por qué?

PEDRO. Porque su contacto...

RUFO. ¿Te mancha?

PEDRO. Me hace sentir...

No es rencor... es repugnancia.

(Vase haciendo ademanes repulsivos.)

ESCENA VI

DON RUFO

¿Como si fuera un reptil?
No cabe mayor tormento
que tener que sucumbir
á tanto insulto. La muerte

primero que estar así.
Mil veces he arrojado
este bastón para ir
derecho á un abismo. El miedo
mezclado en mi frenesí
me hacía buscar la muerte
á ciegas... muerte feliz,
que nunca pude encontrar
para dejar de sufrir!
¿Hoy... quién?... ¿quién puede evitarla?
¡Nadie!... El abismo está allí.
(Señalando al fondo.)
¡Conozco el sitio!... Marchemos.
Vivir así, no es vivir.
(Arroja el bastón y se dirige tambaleándose al
abismo. Al llegar junto á él, Julián, pálido y tem-
bloroso, le detiene. Don Rufo hace un ademán de
coraje. Todo según el diálogo.)

ESCENA VII

DON RUFO y JULIÁN en traje militar, con galones
de sargento primero.

JULIAN. ¡Buen hombre! ¡buen hombre! aguarde.

RUFO. ¡Mal haya mi suerte impía!

JULIAN. ¡Temblando estoy todavía!
Si llego un poco más tarde
se mata.

RUFO. ¿Quién es usted?

JULIAN. Un sargento licenciado
que respira al ver que ha entrado
en su pueblo con buen pié.
¡Bien haya la Providencia!

RUFO. ¡Providencia! (Con sarcasmo.)

JULIAN. ¿Es poca suerte
robar un hombre á la muerte
después de ochos años de ausencia?
Cuando un soldado ha sufrido
por una traición odiosa
la suerte más espantosa
que puede sufrir nacido;

cuando ha juzgado perdida
su esperanza y de repente
vuelve á su patria y se siente
nacer de nuevo á la vida;
cuando se halla al bien cercano
y ve el paterno tugurio,
no ha de ser feliz augurio
salvar la vida á un anciano?

RUFO. ¿Usted... usted vuelve aquí?...

JULIAN. A ser feliz.

RUFO. (Oh, qué idea.)

JULIAN. Mis padres son de esta aldea,
mi vida está en ella.

RUFO. (¡Oh!)

JULIAN. Sí.

Aquí he nacido á la luz,
y al buscar eternos lazos,
ví siempre abiertos los brazos
de mi madre y de esa cruz.
Doble lazada inmortal
que arraigó en el tierno niño
de Dios el santo cariño
y el santo amor maternal.

RUFO. (No hay duda.)

JULIAN. Y por ser mayor

y más cumplido el placer,
aquí nació la mujer
que alienta mi alma al amor.

RUFO. (¡Rosa!)

JULIAN. ¡Oh Dios! al ver mis ojos

tanto recuerdo bendito,
¿cómo el soldado proscrito
no ha de ponerse de hinojos
bendiciendo tu clemencia,
que imploró con tanto afán?

(Cae de rodillas.)

RUFO. ¡Es él... es él... ¡Es Julián!

¡Quién duda que hay Providencia!

(Vase precipitadamente y como huyendo de sí mismo.)

ESCENA VIII

JULIÁN

No es sueño... Me encuentro aquí,
y aún dudo... y mi alma batalla
con el temor.—¡Pero calla!
¿Y el ciego?... Va por allí.
Y él ha podido anunciar
mi inesperada venida...
que hay placeres en la vida
que matan más que un pesar.
¡Ay, dos años hace, dos!
¡que ignoran los pobres viejos
mi suertel... ¡Estuve tan lejos!
—¿Pero qué veo?... ¡Gran Dios!
No me atrevo ni á mirar,
ni á creer lo que presumo.
¿Irá á convertirse en humo
el bien que voy á tocar?
¡Quemada la casa á trechos;
puesto un barrote á la puerta,
sin luz... sin ruido... desierta...
y desplomados los techos!...
Pronto... á ver... Quizás estén...
¡Rosa! ¡Rosa!... ¿Dime dónde?
Rosa... Nadie me responde.
(Reparando en la puerta.)
¡Gran Dios! ¡cerrada también!
Ni un momento de tortura;
necesito averiguar,
saber, oír, apurar
la copa de la amargura.
Un hombre se acerca.—Tú.

ESCENA XI

JULIÁN y el PORRO

JULIAN. Ven: pronto, habla de esa casa;
¿qué es de mi padre? ¿qué pasa?

- ¿Y Rosa?
- PORRO. Por Belcebú
que usted parece un batán
y arma un enredo que yo...
- JULIAN. ¿Tú no me conoces?
- PORRO. No.
- JULIAN. Soy el soldado Julián.
- PORRO. ¡Carape!
- JULIAN. ¿Te has asustado?
- PORRO. ¿Cómo he de mirarle en calma?
- JULIAN. Soy Julián en cuerpo y alma.
- PORRO. (¿Ay... si habrá resucitado?)
- JULIAN. ¿No oyes?
- PORRO. Que el diablo me balde,
si no tengo miedo. ¿Es cierto
que usted es Julián el muerto?
- JULIAN. ¿El muerto?
- PORRO. Pues al alcalde
con la noticia...
- JULIAN. Pero hombre...
- PORRO. Suyos son estos asuntos,
yo no hablo con los difuntos.
Abur. (Vase.)
- JULIAN. Harán que me asombre,
que loco y furioso esté.
¡Muerto! Ojalá no mintiera
si ha de ser una quimera
la dicha con que soñé.

ESCENA X

JULIÁN y PERICO

- PERICO. Dicen que dice el alcalde
que va á decir algo bueno
que ha de llegarnos al alma...
¡Pues ello dirá! ¿Qué veo?
¿Un militar? Eh, compadre,
alargue usted esos dedos
y salude á un camarada,
soldado del regimiento
de Zaragoza.

- JULIAN. ¿Qué escucho?
PERICO. Á la orden, mi primero.
JULIAN. ¿Perico, no me conoces?
PERICO. ¡Caracoles! ¿qué estoy viendo?
JULIAN. Soy Julián.
PERICO. ¿Julián?
JULIAN. ¿Qué haces,
que no me abrazas?
PERICO. Con tiento.
JULIAN. Vamos, ven.
PERICO. ¡Diantre! ¿está usted
seguro de no estar muerto?
JULIAN. No seas bodoque. (Se abrazan.)
PERICO. ¡Diablo!
Es él.
JULIAN. Yo soy.
PERICO. Pues te advierto,
que en la aldea todos creen
que están sirviendo tus huesos
de diversión á las hienas,
á los chacales hambrientos
y á otros bichos inocentes.
JULIAN. ¿Quién ha forjado ese cuento?
PERICO. ¿Quién? Don Rufo, que era alcalde
hace dos años.
JULIAN. No acierto;
¿qué intención...?
PERICO. Es muy sencillo;
como él os tiene hace tiempo
tanta tirria, por vengarse
no habrá perdonado medio,
y ha forjado... El hombre un día
dió á conocer un impreso...
JULIAN. Vamos, todo lo adivino.
PERICO. Tú estabas en el destierro,
y como vuelven tan pocos
de aquellos climas...
JULIAN. Es cierto.
PERICO. Y como hacía dos años
que no escribías.
JULIAN. Entiendo
todo. Por ventura, nada

ha conseguido, y el cielo,
más poderoso... En fin, vamos
á lo que importa. Dí, hablemos
de mis padres.

PERICO. ¡De tus padres!

(¡Diantre!)

JULIAN. Tengo hambre de verlos.

Perico, ¿por qué esa casa,
triste cuadro, donde veo
retratada mi existencia,
ha venido á tal extremo?

PERICO. ¡Pobre Julián! ¿Y qué quires?
Mira: esos son los efectos
de las quintas. Esa casa
quedó á merced de un incendio
por falta de un brazo fuerte
que atajara el mal á tiempo.
Tú estabas gastando el tuyo
metido en pronunciamientos,
que sirven para que Antonio
ocupe el lugar de Diego.
Y en tanto que tú pagabas
el pato, yendo á lo perro
tendido sobre la popa
de un inmundo barquichuelo,
para no volver quizás
á tu tierra; aquí, dos viejos
derramando lagrimones
tan grandes como pucheros,
veían deshecha en humo
la casa donde vivieron.

JULIAN. Conque es decir que mis padres
se quedaron...

PERICO. Poco menos
que en camisa.

JULIAN. ¡Oh!... Por fortuna
yo vivo aún, y á despecho
del infame de don Rufo,
de Gil, y del mundo entero,
tendrán mis padres abrigo,
hacienda, casa, sustento;
que á tanto llega el trabajo

- cuando es tan noble el deseo.
- PERICO. (¿Y quién le dice á este mozo que su madre, *volaverum*?)
- JULIAN. Pero entre tantas desgracias seguro estoy que los viejos habrán tenido un apoyo en Rosa.
- PERICO. (¡Adiós mi dinero! Aquí pereció Sansón con todos los felisteos.)
- JULIAN. Habla de ella.
- PERICO. ¿Conque de ella? (Si le hablo del casamiento, no llega la Extrema-unción.)
- JULIAN. ¿Está buena?
- PERICO. Ya lo creo.
- JULIAN. Hecha un ángel.
- PERICO. Sí (patudo.)
- JULIAN. Y firme.
- PERICO. ¡Bah... lo que es eso... más firme... (que una castaña metida dentro del fuego.)
- JULIAN. Vamos á verla.
- PERICO. (¡Demonio! pues este sí que es aprieto.)
- JULIAN. Y á mis padres. (Cogiéndole de un brazo.)
- PERICO. (No hay tu tía.)
- ¡Calla!... aquí viene el tío Pedro.
- JULIAN. ¡Cómo!
- PERICO. Por allí.
- JULIAN. ¿Qué dices?
- ¿Mi padre?...
- PERICO. El mismo.
- JULIAN. ¡Qué aspecto!
- PERICO. El pobre está alicaído. ¡Ya se ve!... los contratiempos!...
- JULIAN. Voy á abrazarle.
- PERICO. Repara que va á matarle el contento.
- JULIAN. Cierto: habrá que prepararle.
- PERICO. Yo me encargo.
- JULIAN. ¿Tú?

PERICO. Para eso
me pinto solo.

JULIAN. ¡Qué dicha!

PERICO. Ya llega: ocúltate presto.
Vamos...

JULIAN. Ya voy. (No me cabe
el corazón en el pecho.)

(Se oculta al fondo. Pedro sale muy fatigado y se sienta en el banco mirando la casa quemada.)

ESCENA XI

PEDRO, PERICO y JULIÁN

PEDRO. ¿Hola, Perico, estás solo?

PERICO. No señor, acompañado.

PEDRO. (Levantándose con agitación.)
¿De quién, de don Rufo?

PERICO. Cá...

PEDRO. Porque ya estaba tomando
el portante. Hace un momento
vine á sentarme á este banco
como tengo de costumbre,
á ver... (Señalando la casa.)

PERICO. Ya, ya.

PEDRO. El pobre diablo
estaba aquí...

PERICO. (No sé cómo
empezar á prepararlo.)

PEDRO. ¿Que no te hallas solo, dices?
No veo á nadie.

PERICO. Está claro,
no estoy solo, porque estoy...

PEDRO. ¿Con quién?

PERICO. Con usted.

PEDRO. Ah, vamos,
estar conmigo es lo mismo
que no estar con nadie. Un trasto
viejo que de nada sirve.

PERICO. Vamos, tío Pedro, no tanto;
si parece usted un pino
por lo firme y lo... (¡Canastos,

de qué manera y por dónde,
empezaré á prepararlo!)

JULIAN. ¡Si yo lo hubiera sabido!
¡Vamos, estoy que me abraso!

PERICO. Tío Pedro.

PEDRO. ¿Qué te se ocurre?

PERICO. ¿Qué es lo que está usted mirando
con tanta atención?

PEDRO. Los restos
de mi existencia.

PERICO. ¡Quién diablos
piensa en eso!

PEDRO. ¡Otral ¿qué dices?
¿no pensar en el muchacho?
¿en mi Julián? ¿en mi hijo?
Por fuerza que estás tocado...
¿Dar al olvido á mi pobre
Cláudia?

JULIAN. ¡Cielos!

PEDRO. ¿Yo olvidarlos?

PERICO. Mas...

PEDRO. Más fácil es que el Ebro
se trueque en arroyo manso,
ó vuelva atrás su corriente.

PERICO. Lo comprendo, pero...

PEDRO. En tanto
me quede un resto de vida,
vendré á sentarme á este banco,
á ver mi casa; la casa
donde felices pasaron
la vida, aquellos que están
en el cielo, hace dos años.

JULIAN. (Saliendo hasta el proscenio. Con voz desgarradora.)
¡Mi madre!

PEDRO. ¿Quién?

PERICO. (¡Santo Dios!)

JULIAN. ¡Muerta!... ¡Muerta!

PEDRO. ¿Qué?... ¿Un soldado?

PERICO. (Á Pedro con alegría.) Julián.

PEDRO. (Con asombro.) ¿Julián?

JULIAN. (Abrazándole.) ¡Padre mío!

PEDRO. ¡Hijo!... ¡Gran Dios!... (Pausa.)

PERICO. ¿Seré bárbaro?
¿No lloro como un chiquillo?
Yo, un melitar... que he matado
más gente... (Creí que estaba
con esos pobres gaznápiros
que se tragan cada embuste
como la rueda de un carro.)
PEDRO. ¡Hijo!... ¡Bendito sea el cielo!
JULIAN. Dios la tenga en su descanso.
PERICO. Pues señor, yo no he nacido
para mirar estos cuadros;
y así, sin que ellos lo noten,
me escurro. ¿Pero qué diablos
habrá en la aldea, que todos
andan en corrillo?... Vamos
á oler; es mi único oficio.
¡Le tengo un odio al trabajo!

ESCENA XII

JULIÁN y PEDRO

PEDRO. Sí; ya no cabe dudar,
tú eres aquel que creía
muerto.
JULIAN. ¡Padre!
PEDRO. La alegría
no me deja respirar.
¿Vienes enfermo?
JULIAN. Yo...
PEDRO. Sí;
ese color...
JULIAN. Ya no es nada;
después de tanta jornada...
PEDRO. ¡Pobre!
JULIAN. Al cabo, sucumbí.
PEDRO. ¿Por qué no me has avisado?
JULIAN. Porque el mal no daba treguas
y me hallaba á muchas leguas.
PEDRO. ¡Otra! yo hubiera volado
hasta lograr encontrarte.
JULIAN. ¡Imposible!
PEDRO. No seas niño;

- con las alas del cariño
se llega á cualquiera parte,
JULIAN. ¡Ay! si eso fuera verdad,
tiempo hace que aquí estaría,
y víctima no sería
de una infame falsedad.
Don Rufo rompió los lazos
más sagrados.
- PEDRO. Fué un impío,
cierto; pero aún, hijo mío,
te quedan aquí mis brazos.
- JULIAN. Ah, sí, sí; aún logro tener
para mi consuelo eterno,
el amor de un padre tierno
y el amor de una mujer.
¡Rosa!
- PEDRO. ¿Rosa?
- JULIAN. ¿Usted presume
que mi pasión se ha deshecho?
El fuego que hay en mi pecho
ni la muerte lo consume.
- PEDRO. ¡Rosa!
- JULIAN. Después de ocho años
de sufrir traidoras lides...
- PEDRO. Es preciso que la olvides.
- JULIAN. ¡Cómo!
- PEDRO. Sucesos extraños,
tu ausencia, la suerte vil...
- JULIAN. ¿Que olvide?...
- PEDRO. Dios lo ha querido;
Rosa tiene ya marido.
- JULIAN. ¡Padre!
- PEDRO. Pertenece á Gil.
- JULIAN. ¡Dios de Dios!...
- PEDRO. ¡Honda es la herida!
- JULIAN. ¿Rosa en poder de ese hombre?
Maldición sobre mi nombre,
si no le arranco la vida.
- PEDRO. ¡Hijo!
- JULIAN. ¡Los dos pagarán
su infamia!
- PEDRO. ¡Dios te contenga!

JULIAN. ¡Traición con traición se venga!

PEDRO. ¡Nunca!

JULIAN. ¡Los dos morirán!

PEDRO. ¿Qué estás diciendo?

JULIAN. ¡Infelices!

Mi madre alienta mi anhelo.

PEDRO. Tu madre tiembla en el cielo
al escuchar lo que dices.

Tú la ofendes, tú te engañas.

¿Cuándo una madre ha querido
ver en el crimen sumido
al hijo de sus entrañas?

¿Esto te asombra quizás?

Yo al mirarte me confundo:

¿qué has aprendido en el mundo?

JULIAN. ¡Mucho!

PEDRO. Entonces no serás
criminal; no puede ser;
perdonarás al malvado.

JULIAN. ¿Yo?

PEDRO. Al que tu bien te ha robado.

JULIAN. ¡Nunca!

PEDRO. Sabrás padecer.

JULIAN. ¡Imposible!

PEDRO. Y apagar
la cólera que te enciende.

¿Qué aprende aquel que no aprende
á sufrir y á perdonar?

JULIAN. ¡Ay, padre!

PEDRO. Si no te inspira
la voz de este viejo rudo,
hijo, desde hoy quedo mudo.
¿Quieres vengarte?

JULIAN. Sí.

PEDRO. Mira.

(Don Rufo atraviesa la escena guiándose con un
garrote.)

¡Don Rufo!

JULIAN. ¿Ese?

PEDRO. Aquí los dos.

—Ahí le tienes, ahí le tienes;
ciego, sin calma, sin vienes.

JULIAN. — ¡Enmienda la plana á Dios!
¡Don Rufo!
PEDRO. ¡Por Belcebú!
con un empujón violento
le matas...
JULIAN. Si hace un momento
le salvé la vida.
PEDRO. ¿Tú?
JULIAN. Puesto al borde...
PEDRO. Ya adivino.
JULIAN. Yo le libré.
PEDRO. ¡Julián!
JULIAN. ¡Padre!
PEDRO. Asi te quiere tu madre:
libertador, no asesino.
JULIAN. Quede sepultada aquí
mi dulce ilusión hermosa.
¡Rosa! (Llorando.)
PEDRO. Mira.
JULIAN. ¿Quién?
PEDRO. Es Rosa
que viene á rezar por tí.
JULIAN. ¡Oh!
PEDRO. Silencio.
JULIAN. Suerte cruel.

ESCENA XIII

DICHOS y ROSA de negro, que se habrá puesto de rodillas al pié de la cruz.

ROSA. Si no es mi plegaria impía,
acoge, Virgen María,
mis oraciones por él.
Tú sabes con cuánto afán
lloré su muerte.
JULIAN. ¡Impostura!
ROSA. (Levantándose sobresaltada.)
¡Cielos! un hombre.
JULIAN. ¡Perjura!
PEDRO. ¡Hijo!
ROSA. ¿Julián?

- JULIAN. Sí, Julián,
que del destierro volvió
para su daño y tu afrenta,
y viené á pedirte cuenta.
- PEDRO. Y voy á dártela yo.
- ROSA. (Cayendo de rodillas.)
¡Perdón!
- JULIAN. En vano te humillas.
¿Y usted la va á defender?
- PEDRO. Para ello me basta ver
que está á tus piés de rodillas.
Mal te han puesto el corazón,
y has olvidado, colijo,
que eres Julián, que eres mi hijo,
que has nacido en Aragón.
Aquí se logran vencer
ejércitos y montañas,
mas no se muestran las sañas
con una pobre mujer.
Cuentas pides y la afrentas;
si ella al oírte te implora,
si está á tus piés y si llora,
¡qué más cuentas! ¡qué más cuentas!
(Pausa. Pedro alza á Rosa.)
- JULIAN. Padre, la fría razón
de sus años, no se aviene
con las ansias del que tiene
desgarrado el corazón.
¡Pasar toda una existencia
acariciando avariento
una idea, un sentimiento;
sufrir ocho años de ausencia
para ver á esa mujer
—de mi amor sueño divino—
en brazos del asesino
de mi madre!...
- PEDRO. ¡Hijo!... ¿Qué hacer?
- JULIAN. ¿Qué hacer? alzar iracundo
mi voz; hacer que mi pecho
estalle en iras deshecho.
Padre, si no hay en el mundo
poder humano que impida

rugir á la mar violenta,
¿quién domara la tormenta
que ruge aquí embravecida?

ROSA. ¡Julián! (Rápido)

JULIAN. A esa cruz invoco.
¿Qué fueron tus juramentos?

ROSA. Tú no sabes mis tormentos.

JULIAN. Hay para volverse loco.

PEDRO. Creyó tu muerte, y advierte...

JULIAN. Que voy á perder la calma;
amor que arraíga en el alma,
dura aun después de la muerte.

PEDRO. Tú en tu larga correría,
has visto en cosas de amor
un mundo mucho mejor
de lo que yo me creía.
¿Qué has visto, Julián, qué has visto?

JULIAN. Infamias, torpes amaños,
falsías y desengaños.

PEDRO. No digas más. ¡Vive Cristo!
Y después de haber visto eso
¿quieres que haya en esta aldea
una mujer que no sea
cual todas, de carne y hueso?
Que al estar en la agonía,
sin pan, sin padres, sin novio,
sufra imposible el agobio
de un hombre que noche y día
viene á su reja á decir:
«Rosa: mi amor es profundo;
»no tienes nada en el mundo;
»¿quieres casarte?» Es decir,
que tú, que sólo has hallado
en el mundo que has corrido,
mujeres que se han vendido
y hombres que se han engañado,
buscas aquí mujer tal
que con el agua en la boca
aguante como una roca
el diluvio universal.
Quita allá, y piensa con sana
razón.

JULIAN.

¡Padre!

PEDRO.

Vuelve en tí.

¿Piensas que yo no sufrí
con la boda? La mañana
que ésta trajo la canción
y me dijo con quién era,
de buena gana la hubiera
echado por el balcón.

Mas poniéndome en la cierta
dejé mi forma agresiva,
tuve lástima á la viva
y suspiré por la muerta.
Hoy Rosa, sufre quizás;
tu presencia la anonada.

JULIAN.

¡Rosa!

ROSA.

Soy muy desgraciada;
más que tú; mil veces más.

(Aparece Gil y con paso lento y ademán sombrío
se coloca junto á Rosa.)

ESCENA XIV

DICHOS y GIL

GIL.

(Reprimiendo la ira.)

¡Tiempo hace lo presumí!

JULIAN.

(¿Es él? mi razón se ofusca.)

PEDRO.

(Deteniéndole.)

¡Oh!

JULIAN.

No soy yo quien le busca,
es él quien viene hasta mí.

PEDRO.

(Julián, á tu madre apelo;
deja que descansa en paz.)

ROSA.

(Nunca te creí capaz
de ese engaño.)

GIL.

¡Vive el cielo!

¡Ya comprendo tu inquietud!

Ese hombre...

ROSA.

Con su presencia,

hoy ha puesto en evidencia
tu infamia y mi gratitud.

GIL.

¿Confiesas tu amor?

- ROSA. Jamás
habrá razón que me arguya;
mi honra, mi virtud es tuya.
- GIL. ¡Rosa!...
- ROSA. No me pidas más. (Vase.)
- GIL. ¡Oh!
- PEDRO. Por un torpe engaño
que te inspiró Lucifer,
conseguiste una mujer.
¡Hoy lloras tu desengaño!
—Vete.
- GIL. ¿Yo?
- PEDRO. Aunque no te cuadre.
Tu crimen no tiene nombre.
Vete, no se acerque ese hombre
á reclamarte su madre.
(Gil se estremece, y como poseído de un terror
supersticioso, se aleja.)

ESCENA XV

JULIÁN y PEDRO

- PEDRO. Julián, ¡valor!
- JULIAN. Quede aquí
muerto mi amante deseo.
Por última vez la veo.
¡Qué más quiere usted de mí!
- PEDRO. Que seas á la honra fiel;
que la olvides si me quieres.
- JULIAN. ¡Oh!
- PEDRO. No diga ese hombre que eres
tan infame como él.
- JULIAN. ¿Y quién la puede arrancar
de aquí?
- PEDRO. Dios.
- JULIAN. ¿Dios? No lo espero.
- PEDRO. ¿Dudas?
- JULIAN. Dudo.
(Perico sale dando vocos y brinco de alegría.
Trae chaqueta amarilla, alpargatas, gorra de cuar-
tel, un morral á la espalda y un garrote en la
mano.)

ESCENA XVI

DICHOS y PERICO

PERICO. Compañero,
vaya un cisco singular
que se ha movido.

JULIAN. ¿Qué pasa?

PERICO. Que se halla toda la aldea
como en día de vendimia
ó en noche de Noche-buena;
que todos van por las calles
corriendo que se las pelan,
con los puños como mazas
y los ojos como yescas.
Solos están los cortijos
y las campiñas desiertas,
sin un mayoral los hatos,
sin un segador las eras,
y están cabañas y chezas
como en los días de fiesta.
¡Vaya un cisco, Julianillo,
no se ha armado mala gresca!
Los unos cogen las hoces,
los otros las podaderas;
aquél un legón, los otros
los restos de una escopeta
ó el rabo de una sartén,
ó el rabo de una cazuela.
¡Y las mujeres! Toiticas
van de Ceca para Meca
empuñando los badiles
y echando al traste las rucas.
No hay voz que no se levante
ni brazo que no se mueva,
ni corazón que no lata,
ni sangre que no se encienda;
que á la honra de España tocan,
y en llegando á esta materia,
no hay lágrimas, ni suspiros,
ni desmayos, ni pamemas,

sino coraje en el pecho
y ardiente fuego en las venas.

JULIAN. En fin, sepamos, ¿qué pasa?

PEDRO. Sí, que estamos en tinieblas.

PERICO. ¡Toma, toma! ¿pero es cierto
que ustedes?... ¡esta si es buena!
Si hasta los perros y gatos
lo saben.

JULIAN. ¿El qué?

PERICO. La afrenta.

JUL. y PED. ¿Cuál?

PERICO. ¿Cuál? que el pendón de España
anda rodando por tierra
de un puntapié que le han dado
unas kabilas muy fieras
que han cavilado sin duda
que somos niños de teta.

JULIAN. ¿Los moros?

PERICO. Justo, los moros.

PEDRO. ¿Han tenido la insolencia?...

PERICO. De plantar la media luna
sobre nuestra cruz.

JULIAN. ¿Y piensan
que no ha de costarles cara
tal acción?

PEDRO. España entera
se alzaré para vengarse.

PERICO. ¿Para vengarse? Ya, buena
gente somos aquí para...
No hay más que leer la *Gaceta*
que ha recibido el alcalde.
Allí está escrito, con letras
de molde, la gran sesión
que ha habido en Madrid; al leerla
el alcalde, á toíticos
nos ha subido á manera
de una grande fogarata,
y ¡plaf! explosión completa.
Todos quieren engancharse
de voluntarios; la gresca
sube de punto, y hay hombre
que se ha comido la oreja

- de un moro (se entiende en sueños.)
- JULIAN. Y bien padre; esa es la senda
que Dios me señala.
- PERICO Justo.
¡Ole con ole, morena!
vamos á matar más moros
que puntos tiene una media.
- PEDRO. ¡Pobre del viejo caduco,
qué triste y solo se queda!
- JULIAN. Yo con usted.
- PEDRO. No lo pienses.
- JULIAN. Padre, mi deber...
- PEDRO. Te ordena
dar tu sangre por tu patria
para lavar sus ofensas.
- JULIAN. ¿Y habré de dejar á usted
sumido así en la miseria?
Jamás.
- PERICO. Aquí viene el Porro.
que parece una centella.

ESCENA XVII

DICHOS y el PORRO

- PORRO. ¡Está aquí Julián!
- JULIAN. ¿Quién es?
- PORRO. Este pliego.
- JULIAN. ¿A ver? Urgente. (Lee.)
- PORRO. (¿Conque es moneda corriente
que no murió?)
- PERICO. (Ya lo ves.)
- JULIAN. Esto mitiga mi afán.
Es del coronel Herrera. (Á Perico.)
- PERICO. ¡Diantre!... ¿Qué dice?...
- JULIAN. Que espera
al subteniente Julián.
- PEDRO. ¿Tú?
- JULIAN. Me quería bastante.
- PERICO. ¡Subteniente!
- PORRO. ¡Anda, Perico!
- PERICO. Vamos, tío Pedro, que el chico

es un mozo *echao pa adelante*.
Claro está que tú, que yo...
digo, que usted...

JULIAN. No seas niño.

PERICO. Todo esto lo hace el cariño
de la pobre vieja.

JULIAN. ¡Oh!

PEDRO. Rogando está á más y más
á Dios por tí.

JULIAN. ¡Pobre madre!
Gracias á tí, tendrá padre
sustento.

PEDRO. Y ascenderás.

JULIAN. ¿Y qué me importa ascender?
Tocar la cumbre más alta,
¿qué me importa, si me falta
el amor de esa mujer?
Sin ella no hay ilusión,
que es ella mi vida entera.

PEDRO. Y la patria que te espera,
¿no alienta tu corazón?

JULIAN. Cuando en el trópico ardía,
el sol que mi sien quemaba,
yo al verle le saludaba,
y al saludarle decía:
derrama tu fuego en mí,
que tú eres el mismo sol
que alumbra al pueblo español,
la patria donde nací.

PEDRO. (Abrazándolo con efusión.)
¡Julián!

PERICO. ¡Bravo!

JULIAN. Tengo sed
de luchar.

PERICO. Y yo á tu lado.

PEDRO. Y todo español honrado.
(Se oyen voces de entusiasmo.)

JULIAN. (Cayendo de rodillas.)
Padre, bendígame usted.

PEDRO. Ocho años hace lloraba
al pié de esa cruz un padre,
y casi muerta una madre

á Dios por su hijo rezaba.
Nada el dolor mitigó,
y es que el alma presentía
que el hijo al partir perdía
los seres que tanto amó.
Hoy, aliviando mi afán
la voz que en torno resuena,
alzo la frente serena
y te bendigo, Julián.
Vas por la patria á morir...
Otra ansia en mi pecho lidia:
¡no es el temor, es la envidia
de no poderte seguir!

FIN DEL DRAMA

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA

- MODESTIA Y VANIDAD Comedia en tres actos y en verso.
UNA VÍCTIMA DE AMOR. Comedia en un acto y en verso.
DON TOMÁS II. A propósito en un acto y en verso.
OTRO DIABLO COJUELO ¹. Revista en un acto y en verso.
LOS CELOS DE UNA VIEJA. Comedia en un acto y en verso. (2.^a ed.)
LAS QUINTAS. Drama en dos actos y en verso. (4.^a ed.)
EL CENTRO DE GRAVEDAD Comedia en tres actos y en verso.
LOS AGUINALDOS. Comedia en un acto y en verso.
ENTRE PINTO Y VALDEMORO Comedia en un acto y en prosa.
LA BELTRANEJA ² Drama en tres actos y en verso (2.^a ed.)
EL MIOPE. Juguete en un acto y en prosa.
LAS COLEGIALAS DE PUERTO
REAL ³ Opera cómica en tres actos y en verso. Música del maestro Usiglio.
DOÑA MARÍA CORONEL ³ Drama en tres actos y en verso.
VETURIA Tragedia en un acto y en verso.
EL MOTÍN CONTRA ESQUILACHE ³ Zarzuela en tres actos y en verso.
Música del maestro Arrieta.
LA RAZÓN DE LA FUERZA ³ Comedia en tres actos y en verso.
SEGISMUNDO ³ Drama en tres actos y en verso.
PALABRAS SUELTAS Comedia en tres actos y en verso.
¡LA POBRECITA HORTENSIA! Comedia en un acto y en prosa.
EL AMOR QUE PASA. Idilio en dos escenas y en verso.
L'HEREU ³ Drama en tres actos y en verso.
EL HIDALGUILLO DE RONDA. Zarzuela en tres actos y en verso. Música del maestro Almagro.
LA FORNARINA ³ Drama en tres actos y en verso.
UNA BODA EN PALACIO . ³ Comedia en tres actos y en verso.
LOS GRANDES TÍTULOS. Comedia en tres actos y en verso.
LUCHAS HERÓICAS . ³ Drama en tres actos y en verso.
EL FRONTERO DE BAEZA. Drama en tres actos y en verso.
LA EVIDENCIA. Comedia en tres actos y en prosa.
EL VIOLÍN DE CREMONA. ² Comedia en un acto y en verso.
EL PARAISO DE MILTON. Drama en tres actos y en verso.
SALDO DE CUENTAS. , Comedia en tres actos y en prosa.
EL EJEMPLO. Drama en tres actos y en verso.
¡LO QUE VALE EL TALENTO! Comedia en tres actos y en prosa.

1 En colaboración con D. Fernando del Pozo y Paluchi.

2 Con el Ilmo. Sr. D. Francisco Luis de Retes.

3 Con D. Arturo Gil de Santivañes.

PUNTOS DE VENTA

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarria*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.